

CAULA, SANDRA. (2020). *El exilio en la palabra. Realidad, ficción y filosofía moral*. Caracas: Editorial Equinoccio. Edición digital. 200 p.

Esta obra se enmarca en las múltiples relaciones existentes entre filosofía y literatura. En esta ocasión, el punto de encuentro es el problema de la realidad. En el diálogo que emerge del libro se analizan las consecuencias de incorporar la “palabra imaginativa” a los predios de la filosofía práctica. Se trata de un ejercicio que al hacer frente a la cuestión de la realidad, en frontal oposición a los postulados básicos del escepticismo moral, busca reivindicar el uso de la imaginación. Esta instancia –la imaginación– puede ayudarnos, según la autora, a repensar la filosofía moral, volverla verdaderamente humana porque los procesos de la imaginación nos permiten ubicarnos en el lugar del otro.

No se trata solo de una lectura de *Reivindicaciones de la razón*, Stanley Cavell (2003). Tampoco es una mera exégesis de *Elizabeth Costello*, de John Maxwell Coetzee (2003). A pesar de que abundan (y a veces cansan) las citas y referencias a Cavell, Caula pone en conversación, digamos, a ambos autores. Pero como si se tratara de una muñeca rusa, cada una de estas voces autorales se haya a su vez atravesada por muchos y distintos diálogos: Cavell dialoga con Shakespeare; Coetzee, con Kafka; Cavell dialoga con Wittgenstein; Coetzee, con Joyce, entre otras *charlas*. Aunque la autora es consciente de las diferencias que definen y caracterizan cada discurso, esto no le impide reconocer aquello que puede aportar el discurso literario a la discusión filosófica.

Editado por Equinoccio, se trata de su tesis de maestría dividida en una breve introducción y cuatro capítulos. El primer capítulo aborda las relaciones entre realidad, conocimiento y lenguaje, utilizando la noción de criterio wittgensteineana desde la óptica de Cavell. Aquí se subraya la necesidad de tener muy presente el vínculo existente tanto con el mundo como con uno mismo al ejercer el legado del lenguaje, o más propiamente, de nuestra lengua. El ejercicio de la lengua da entrada “a la esfera práctica que da lugar a la vida moral y a la vida política en la que se le pide ser un individuo” (p. 23). Si aprender la lengua materna constituye la adquisición del lenguaje por parte del niño, la poesía es la adquisición del lenguaje por parte del adulto. Esta afirmación contrasta con el hecho de que, en líneas generales y tal como reconoce Caula, hemos perdido la intimidad que el lenguaje tenía con nosotros y con el mundo.

A partir de la llamada “cuestión animal” tratada en *Elizabeth Costello*, se argumenta que la deshumanización del lenguaje que se muestra en el discurso

académico es el reflejo del silencio de lo humano que ha tenido lugar en el mundo moderno. Al constatar que los criterios son los medios por los que aprendemos cuáles son nuestros conceptos, Caula señala que estos no son suficientes para hacer frente de manera eficaz a la cultura escéptica. Sin embargo, los criterios sí nos permiten constatar que el lenguaje es un legado compartido. El lenguaje sería, en consecuencia, una evidencia del otro, su plena humanidad. En este sentido, si la filosofía en su versión escéptica “ha hecho que nos perdamos” (p. 34), también es cierto que la misma filosofía puede (y debe) hacer que nos reencontremos. Lo que se busca hacer con el escepticismo es mostrarlo como una circunstancia humana y cultural. Una de las cosas que muestra la relación entre esencia y gramática es que los universales no son ni necesarios ni suficientes para explicar el dinamismo de las palabras y sus usos. Además, si imaginar un lenguaje es imaginar una forma de vida, entonces la expresión literaria puede ayudar a la filosofía a reencontrarse con su labor de incrustarnos en la vida.

El segundo capítulo es un acercamiento al ya conocido “problema de las otras mentes”. Dicho acercamiento echa de nuevo mano a la noción de criterio wittgensteineana. Caula acude, además, al libro *La ética y los límites de la filosofía* de Bernard Williams. Se afirma, entre otras cosas, que entre la negación del mundo externo y la negación del otro se ubica la ética. Sin embargo, nos parece que colocar a la ética como eje entre dos negaciones resulta más un ejercicio de mediación entre ellas y no una forma de hacerles frente. Más adelante, en otro acercamiento a Coetzee, se afirma que estamos exiliados al separarnos del mundo mediante el lenguaje. Se trataría entonces de una forma alienada de lenguaje, una variante que tiñe de extrañeza la condición humana y que se encuentra en oposición radical con lo que implica el verdadero vínculo lenguaje-mundo-humanidad. La noción de “criterio” funciona, entonces, como una caja de herramientas que usamos para guiarnos en el universo del dolor y de la sensibilidad, relacionando pensamiento, acción y sentimiento. Aunque los criterios solo alcanzan para constatar la existencia de la conducta externa, se muestran dubitativos ante la experiencia interna. Un gran acierto del libro en este sentido es que reconoce que aunque no tenemos forma de verificar, epistemológicamente hablando, la experiencia interna del otro, predicamos conceptos psicológicos de dichas experiencias. Si el cuerpo es la figura del alma humana, o su mejor figura, es el cuerpo el que nos coloca frente a lo humano. La dificultad de verificar la experiencia interna no puede ser el fundamento

que nos permita negar al otro. Caula afirma que la privacidad de un cuerpo es el hogar de nuestro concepto del alma. Sin embargo, un elemento que nos ayuda a comprender al otro es el relato. Cuando alguien nos cuenta y nos describe su dolor nos dibuja el paisaje de su universo interior. Se constata acá, por consiguiente, que todo enunciado de hecho también es un juicio de valor. Se puede ver una clara similitud con las teorías axiológicas del sentimiento. Pero el libro supera una mera postura axiológica para saltar a la cuestión del otro cuando señala que el relato, ese despliegue imaginativo del lenguaje, nos sumerge en la experiencia común. Relatar nos reconoce en el otro, nos posiciona en las mismas coordenadas de nuestros congéneres. Y como toda experiencia es también experiencia mediada por la cultura, como somos seres “enculturados”, los criterios y sus consideraciones de lo externo también se vuelven consideraciones culturales que pueden interpretar el universo interior del otro.

El tercer capítulo contiene una afirmación digna de resaltar: “lo que se incorpora al discurso moral son ojos que miran desde lugares semejantes o distintos, cuerpos que sienten igual o diferente, emociones que nos acercan o nos alejan, formas de vida mil veces en conflicto y otras mil en misteriosa sintonía o relación” (p. 85). No se trata, entonces, de introducir el cuerpo abstracto, carente de imagen y de sensibilidad, se trata de considerar al cuerpo como un alma, como a un individuo cargado de afectos, como a una valiosa individualidad. Por consiguiente, si los juicios morales son autorreflexivos al igual que los juicios estéticos, la filosofía debe buscar estimular el autoexamen, no la coerción. Esto nos deja frente a otro acierto del libro: la consideración del desacuerdo como parte de la moralidad. Los argumentos de la moralidad, a diferencia de los de la ciencia, no buscan la univocidad. No se busca zanjar diferencias mediante la búsqueda del argumento universalmente aceptado; la racionalidad del argumento se halla en el planteamiento de la diferencia, en el tipo de diferencia que se enuncie y se ejerza. En este sentido, el relato aparece nuevamente como el elemento que ilustra eficientemente el campo del dilema o la diferencia. La moralidad juzga acciones. Una parte fundamental para la comprensión de una acción recae en el modo de contarla, de relatarla. Por ello, el relato puede ser el gran laboratorio de la moralidad y la representación de percepciones y juicios. Ahora bien, aunque el relato no es monopolio de la literatura, ha sido ella la que ha desarrollado modos sofisticados de relatar.

Considerar al otro requiere entender que la filosofía moral no es categórica. Debe, en cambio, mostrarnos. Esto implica representación, “elaboración”. Este es un concepto importante en el análisis. Elaborar implica que las acciones que llevamos a cabo, o que queremos realizar, están mediadas por la reflexión y la conciencia. Los “elaborativos” son argumentos en tanto trama. Dicho de otra manera, son las razones que damos por actuar de una determinada manera. La moral, entonces, es autónoma. Autónoma frente a cualquier fundamentación que no sea ella misma. De ahí su autorreflexividad, íntimamente conectada a su autonomía. Ahora bien, ya que la moralidad se ejerce en el terreno de las acciones y de la relación con el otro, es la relación moral lo que puede fracasar y no el argumento moral mismo. Hablamos entonces de una moral encarnada, sustraída de la abstracción y lanzada al mundo. Se sigue de acá que con respecto a la narrativa (y a lo narrativo) el pacto ficcional funciona por su similitud con los posibles destinos humanos. Y la reflexión ética implica recuperar toda la complejidad que acompaña a una historia.

La noción del discurso moral como aquel en el que se considera la posición y condición propia con su historia nos indica que estamos “en un ámbito afín al de la literatura” (p. 131). El capítulo IV considera la palabra imaginativa aplicada al terreno moral. La expulsión de los poetas de la República o al menos actuar conforme a esta expulsión platónica como algo taxativo ha traído un abandono del realismo necesario en el ejercicio de la filosofía. Si se quiere reivindicar ese realismo se debe devolver los poetas a la ciudad. Dicho de otro modo, el discurso filosófico, sin dejar de ser él mismo, debe incorporar la belleza y la imaginación si quiere aspirar a tratar eficazmente el problema de la realidad (o los problemas de la realidad).

Los argumentos morales también tienen o suelen tener la estructura de una trama. La ficción busca, según Coetzee, entender el destino humano caso por caso. Pues si la ficción desea llevar a cabo esa función e incorporarla a la filosofía moral, debe aceptar que no hay fundamentaciones últimas ni certezas. En el mismo capítulo emerge otro elemento que hermana filosofía y literatura: la imagen. La abstracción sustrae en gran medida aquello que la imagen devuelve: el reconocimiento. Y es indispensable la capacidad imaginativa, en todos sus sentidos, para poder “alcanzar” la interioridad del otro. Cuando este se coloca frente a nosotros, se yergue la posibilidad de tejer una historia entre ambos. El alma, afirma la autora, se teje con palabras. Y en este punto, a través del uso de pronombres reflexivos y de la segunda persona del singular, Caula

da un tono más íntimo, estilísticamente hablando, a su obra: “El alma las teje con palabras, con las palabras que compartimos y he logrado hacer mías, las que he logrado decir en carne propia. Unas palabras que son un legado del que me he hecho cargo, a veces. ¿Te has hecho cargo tú de ellas?” (p. 177). Se trata de una invitación a ejercer un legado común. Un legado que, aunque concientizado a través de disciplinas académicas, corresponde a todo aquel que pueda comprender, hablar y actuar.

En el terreno de los estudios literarios debemos tener en cuenta que no se trata de reintroducir una crítica moralista pseudoconservadora, sino de considerar que tanto el discurso moral como el discurso literario pueden valer como instrumentos similares para sus fines: el relato y la imagen. En ninguna parte del libro se da a entender que se busca valorar una obra literaria por su contenido moral. Tampoco busca la autora sustituir la reflexión filosófica por el discurso literario, se trata más bien de una forma de practicar y comprender la filosofía de una manera en la que no quedemos escindidos de la vida. Es una obra que no solo tiene cabida dentro de los estudios filosóficos, sino en la literatura comparada. Y es que de lo que se trata es de aprovechar todo aquello que pueda surgir de esta intersección. El exilio de la palabra se une así a las pocas obras publicadas en Venezuela que abordan las relaciones entre filosofía y literatura.

REFERENCIAS

Coetzee, J. M. (2003). *Elizabeth Costello*. Mondadori.

Cavell, S. (2003). *Reivindicaciones de la razón. Wittgenstein, escepticismo, moralidad y tragedia*. Editorial Síntesis.

Williams, B. (2016). *La ética y los límites de la filosofía*. Cátedra.

Yhoiner Parras
Universidad Central de Venezuela
yhoinerparras@gmail.com